LA MEMORIA AMOROSA

Carlos Edmundo de Ory

(obra inédita)

Foto de Kiki

LA MEMORIA AMOROSA

Carlos Edmundo de Ory

LA FUGA

Prepara minuciosamente la fuga. Dirige su mirada resueltamente hacia el umbral. Ya no se asoma a la ventana. No cree en la línea recta del horizonte ni tiene confianza en la lejanía. La fuga es inminente, faltan sólo los detalles. Ha dejado de consultar horarios, almanaques, climas. Nada de eso le importa. Tampoco parece interesarle la ruta, los caminos, los senderos. No es cuestión de itinerarios. Está tranquilo, conoce de antemano el instante propicio. Sábelo próximo. Pero no hace nada. Aguarda. Mira siempre el umbral. La puerta está abierta. Hace tiempo que su decisión está tomada. Todo está a punto. Tarde o temprano... Recuerda simplemente lo que quedó atrás y que la memoria blanquea, o más bien ennegrece. Acaso eso es lo que le impide ponerse en pie. ¿Qué recuerda todavía? Recuerda antiguas moradas y grandes momentos de amor. Sin embargo, tiene que huir de esos suelos y de esas paredes llenos de estelas, de huellas, de rastros. Bajará hasta la puerta. Bajará antes de que caiga la noche sobre el campo, entonces sí.

CAMINATAS VOTIVAS

Como grandes bestias inocentes caemos desvanecidos cuando las transformaciones celestes se producen. ¿A quién no fascina la metamorfosis incalculable del mundo? Se rompe en añicos el santo día del hombre, de por sí endemoniado, y se contagia de reales sombras. Todo cambia de óptica y cuidamos de no perder pie. Se avanza hacia un muro refractario al tacto. Y esto me ocurre a mí cuando me lanzo a las calles al atardecer. Entonces siento una dulzura medular infinitamente melancólica. Sin la más remota ilusión de algo, salvo el oscuro afán de saberme cuerpo errante y de olvidarme de mis pasos, erre que erre, erra que erra. Hora decisiva y cargada de puentes.

Extrañas prisas y cuidados corrigen los andares forzados del peatón cotidiano, ni diurno ni nocturno, más allá de los sueños prohibidos. Recuas sumidas a la milenaria dictadura de las necesidades. Y yo entonces me precipito hacia las puertas cerradas de las noches y las araño con las uñas. A ver si me alejo de los días, desdeñando relojes y almanaques. Ningún rumbo, a no ser la busca febril de anchas avenidas desiertas y calientes, cuyas filas paralelas de árboles no me borran los cielos. Hablo de mi marcha a ciegas, sintiéndome malherido a causa del ataque súbito de mi subjetividad.

LAS MUJAS

Los grandes pájaros sedosos balanceándose en el asfalto. Aves zancudas cuyas piernas y muslos blanqueados se ocultan en invierno. Siluetas palpitantes bogando como piraguas a la deriva entre las aguas del crepúsculo como focas blancas, como pelícanos.

Antaño se veían cosas extraordinarias, rarísimas: un cielo con dos lunas por ejemplo. Sabido es también que en el siglo XVI se vieron sirenas en medio de las calles de Amberes y de Ámsterdam, y que las mataron. Era pecado dejarlas en vida, pues estaban clasificadas entre los monstruos. No te llames a engaño. Huye de los fondeaderos de las islas donde acuden navíos dulcísimos que despliegan sus velámenes cuando baja la noche hambrienta de sombras y luciérnagas. No te hablo ahora de sirenas ni de noches con dos lunas. Te estoy hablando de animales perfumados. Son las mujas o mujaras, criaturas fosforescentes. Aves de paso luciendo el pelo en el aire de las calles. ¡Ay! ¡Ay! ¡Ten cuidado, querubín! No las sigas en los atardeceres opalescentes porque su tacón de gacela trae consigo desgracias sin cuento. Aléjate de sus rostros exquisitos como milhojas.

Mujas, mujaras, mujeriarcas. Ya te digo, hijo mío, mucho ojo con ellas. Porque, a la hora mágica del crepúsculo bajan a las calles y tiemblan sus faldas de seda sangrienta entre las cuales hay boquetes que te engullen; ya no puedes volverte atrás donde respiras aire fresco. Ten mucho cuidado con los agujeros que te conducen a los balcones cerrados de los cuartos oscuros.

¡OH VANITAS!

Aquí estoy besando con mi zapato la noche. Quisiera enseñar la cara -la que tengo- hablando con las cinco paredes. No tengo espejo ni delante ni detrás. Me da vergüenza de la familia humana ¡qué vergüenza! No uso espada para decapitar a la gente que me rodea, aunque eso sí, desprecio su estupidez. Barrer del suelo la oruga engreída. Provocar, *séance tenante*, vómitos repentinos en esos hombres que se dicen credos ideales, esos viles fantasmas de mierda. Que desaparezcan del mapa de la existencia y dejen el sitio a los cuatro individuos reales y verdaderos. Existe hoy la misma egolatría, la misma carencia de universo individual. Sólo se ven partidos, bandos, banderías, camarillas, capillas, clanes, círculos, sindicatos, sectas, parroquias, iglesias, en fin, casas de putas y casas de bambú. Todo es lodo y espejismo. Nadie tiene una mancha en el alma. Nadie besa a su madre con un beso redondo como lo es su ombligo. Nadie se introduce de noche en un hospital y se acuesta en la cama postrimera. Yo critico al que no tiene sangre, riñones, corazón y ojos, los ojos que hacen falta para ver lo invisible. Que en lo visible no hay nada que ver. No es que no haya nada, no hay nada nuevo bajo la luna. A mí me gusta encontrar el hombre que duda y que se rasca.

LA MESA LIMPIA

Todo es terror, todo es pasmo. Solo en mi cuarto de alquimista hago cosas como quien hace oro. Cuando quiero escribir la mesa ha de estar vacía completamente, sin nada, tabla rasa. La mesa limpia. Es entonces cuando coloco el papel blanco en mi vieja Olympia. Empieza la charla de los dedos. Escribo, escribo a manos locas.

Para trabajar necesito la soledad completa, la boca muy cerrada. Miro las cuatro paredes desde el techo al suelo. La cabeza llena de ojos viendo teclas en el aire. No se oye lo que hablo. Cosas que suenan como tambores. Detrás de mí alguien sopla en mi nuca. Es una estupidez llamar extrañas las cosas extrañas.

ESTOY CONTENTO DE QUE HAYA LECHUZAS

Ahí están los animales, cabezas silenciosas de la naturaleza, criaturas nunca mudas empero. Hablan de maravilla. Honor a sus ruidos armónicos e inarmónicos. Música encantada, regalo de la tierra, aquí abajo. Lo otro, lo de arriba, son las estrellas, perlas del cosmos. Y hablando de música manual para los oídos bien oyentes, contamos con los instrumentos musicales. Por ejemplo, el acordeón a dos manos lo mismo que el tambor y tantos otros. De los utensilios de música, no me canso de admirar unos y otros. Escucho sus sonidos cuyas cualidades dependen de la materia prima del instrumento. Son de tres órdenes o índoles originales distintos: metal, madera, viento. ¡Óyelos con alegría! Mis orejas tan felices oyendo el *la* del bosque, el rumor sordo de la caracola, el escándalo sonoro del mar.

¡Alto ahí! ¡Alfombra a los animales! Pasa ante mis ojos la fauna fantástica con su alboroto sonoro. Pongamos en primer lugar los más fuertes y elocuentes: el rebuzno del asno, el relincho del caballo, el bramido del ciervo y del elefante, el rugido del león. Y recordemos el precioso cacareo de la gallina y el gran suspiro del lobo, el aullido. ¿Y la ballena? ¿Y las ranas y sapos? Pájaros gritones y canoros. Sus chillidos, sus serenatas. Lechuzas, papagayos y loros, cigüeñas, grullas, halcones, águilas, cuervos, búhos, mirlos, canarios y ruiseñores, estorninos y cotorras. Del pájaro cantor, el gallo, ¿qué dijo un gran poeta de los bosques? dijo que la nota de esta ave, que había sido anteriormente un faisán salvaje, era la más notable entre las de los pájaros. Era Henry David Thoreau que vivió en los bosques, a orillas del lago Walden, en Concord, Massachussets. Escribió un libro llamado *Walden Life in the Woods* y ahí leí esta breve frase: "Estoy contento de que haya lechuzas."

ROSAS AZULES

No llevo encima del torso más que una camisa de color amarillo. Es verano como en mi niñez. Huele a sol. Me gusta estar callado sin pensar en nada. Porque nada ocurre. Los pájaros mis heraldos. Aquí no llega el correo.

Me exalta el aire hecho de ozono y de eternidad. No dije adiós a la mal casada ni tuve que despedirme de nadie. Me alejé sin volver la cabeza. De nada valía llamar con grandes señas. Mientras me iba, los brazos sobre la cabeza ritmaban mis pasos.

Miro alrededor mío y no me asusta nada. Soy todo lo que estoy mirando. Estoy enamorado del universo: el aire ondulado. Y oigo el trino de los pájaros. No sé lo que pensarán de mí los amigos. Ellos siempre me han tratado de loco.

Jardines para estar contigo. Mariposas verdes. Rosas azules.

LOS ANDAMIOS DE LA DICHA

Cuando los cambios celestes se originan en la elástica distancia damos vueltas y vueltas sobre las tiendas del desierto. El androide microscópico respira mal y camina pisando las cáscaras del día. En su indescifrable lengua nos hablan los cielos de cosas descomunales. Anuncian eventos insospechados. ¡Pronto, huye y sálvate, mamífero roedor! Que la noche se despeña y ya no hay sueño que valga.

Oh sí, nos gusta vivir como sea y al despertar del sueño nos levantamos de la cama. Lo primero que hacemos es abrir los brazos a la vida, echando a correr tras ella. ¡Alto ahí, caballero! Todavía el caballo es más alto que tú y no le falta galope como a ti. Turba hormiguera, dechado de pisadas exorbitantes, inexhaustas. Los encuentros del disfrute en las horas volcánicas del día. Surgen rostros esperados e inesperados de alta tensión. Ven va vayamos. Se arrancan de allí y marchan juntos hacia otros allíes. Caen en ruinas los momentos. ¿No os emociona el crepúsculo? A mí sí. Una inmensa subjetividad me vence y me abandonan las fuerzas. Acudo ciego a los altares donde se convocan fuegos fatuos y me acogen doncellas absurdas.

ELOGIO DE LA NARIZ

Abajo del todo, los pies, que son dos, sirven para andar lugares, pisando suelo. Y en la cabeza está la nariz, que no hay más que una, motor primo de las caminatas. Además de la gimnasia de los paseos, el pisar suelos de la vida nos mantiene en movimiento gracias a las piernas. Que los pies miden la respiración y estamos en contacto con el aire y los ojos están abiertos, pero lo primordial de las caminatas es, ya digo, la nariz. Respirar es todo. Sin cesar, como los demás sentidos, actúa el olfato en el mundo físico colmado de descomposición. Se huele con placer o con asco; olemos la violeta y olemos la mierda. Hay que estar preparados para recoger los alimentos del aire en las capas bajas de la atmósfera: nuestro mundo de sol y lluvia. No se nos escapan las más etéreas emanaciones. Nariz tan fina que un sabueso sentiría envidia. Todos los cuerpos sanos despiden olor agradable. También, por veces, los cuerpos que se confían al amor. La cólera, el odio, el miedo producen peste. En las esferas inferiores, la hediondez de la irritación es terrible. La mayoría de los animales reconocen un olor muy particular a la vez almizclado y acre: el olor del miedo. Las personas ansiosas huelen de modo especial. Los enfermos huelen y se puede diagnosticar el mal por el olfato. Todo huele de alguna manera. Empero, el sentido del olfato es la facultad menos desarrollada. La gente se equivoca en cuanto al sudor que no repele si es fresco y, por lo tanto, conviene impedir su rancidez. La nariz adiestrada distingue el olor blanco y el olor negro, incluso a distancia. Aquellos que hablan de perfumes e incienso suelen ignorar que ciertos venenos son casi aromáticos. Es evidente que el olfato y el gusto se alían. Los Guías del Mundo Sutil afirman: "No existe momento sin olor, porque el más puro aire está lleno de aromas."